

La Campana

dosier nº 31

semanario de información y pensamiento anarquista

Edita Escuela Errico Malatesta. Sindicato Único de Trabajadores "Solidaridad Obrera". Pontevedra



URANIO: TRANSPARENCIA DEL MAL Y LA MENTIRA

IIª Época - 7º Semestre
22 de Enero de 2001

TRANSPARENCIA DEL MAL Y LA MENTIRA

Suena la flauta de Hamelín y el obediente cortejo avanza hacia la sima.

La hez del mundo, los gobiernos y quienes les mandan, repite a coro la misma cantinela, la misma transparente mentira, y con la misma intención:

- Que nadie afronte el abismo y soporte mansamente, entre silencios, la pútrida sociedad a la que se nos arroja; Que la gigantesca inversión del valor de las cosas, a fuerza de callarla, de no apedrearla desde abajo, termine imponiendo su realidad y a ella asintamos. Que al transmutarlo todo en dinero, ya el alimento es resignadamente veneno; el aire, muerte; la paz, cementerio radiactivo; el vivir, mercado ... y a ello nos resignemos. Así hasta que nos impongan su ley, aunque la disfracen como accidentes ... hasta que sea unánime el grito del cortejo: ¡Ay, sálvese el que pueda, que no soy yo ni iraquí, ni yugoslavo, ni trabajador, ... ¡Ni nada! ...

Aquí, en España, siguiendo la orden y procedimientos dictados desde más arriba (OTAN, EE.UU., *lobbys* de la industria armamentística y energética ...), un ministro dijo primero que no se había bombardeado Yugoslavia con bombas radiactivas. Mintió, y en aquél crimen horrendo participaron pilotos españoles. Meses después aseguró que sí se había usado en aquella matanza armamento con *uranio empobrecido*, pero que su gobierno lo ignoraba. Otro embuste. No le importó añadir que la munición arrojada era en realidad inocua y no podía asegurarse la relación “causa-efecto” del uranio con las enfermedades fatales sufridas por algunos soldados que habían estado en aquella región. Mintió una vez más ... y volvió a mentir al día siguiente ... y, al igual que sus múltiples jefes (en realidad él no es más que un figurante secundario en el teatro, que otros más *importantes* protagonizan y dirigen), seguirá fingiendo en cada oportunidad hasta construir la sumisión de la sociedad a aquello que hoy escandaliza: la guerra atómica en la agenda del Orden mundial, la polución radiactiva extendida por todo el planeta y la peste en el habitar de las generaciones actual y venideras.

Sabemos en **La Campana** que cuando un representante encumbrado del Estado siente la necesidad de dar explicación de algo, su discurso nunca jamás tiene por objeto la verdad de ese algo sino cumplir con su función de gobernante del mejor modo

La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista

Editado por la Escuela ERRICO MALATESTA, fundada en el seno del Sindicato Único de Trabajadores "SOLIDARIDAD OBRERA" de Pontevedra.

Este es el Dossier núm. 31 de su Segunda Época y se imprime el 22 de Enero de 2001. [D.L. PO-433-95]

Redacción: C/ Pasantería, 1-3ª planta. (36002) Pontevedra

Teléfono: 986-86.31.44. Fax: 986-89.63.64

Correspondencia: Apartado 97. (36080) PONTEVEDRA.

E-mail: lacampana@jet.es

que sabe y tiene ordenado por su función. Que en medio de la cháchara suelte verdad o mentira es un mero accidente; una coincidencia que, por lógica estadística, cae siempre por el lado de la falsedad, al ser la verdad una y difícil de hallar, mientras que las mentiras e ilusiones posibles son infinitas y asoman por todas partes. No se trata de que estos figurones sean unos embusteros o cínicos compulsivos -¡que probablemente también!- es que no pueden literalmente hacer otra cosa sino gobernar, es decir, traicionar a sus conciudadanos para que aguanten el Estado de cosas que conviene.

Así las cosas, **La Campana** desdeña la palabra de estos personajes (o de sus voceros) y jamás la tendremos en cuenta, salvo como ejemplo a denunciar de los trucos y ruindades de que se valen los que en realidad mandan para disimular su permanente crimen. Este es el objetivo de este número Extraordinario de **La Campana**. Impedir que toda esa palabrería del poder y sus propagandistas sobre el horrendo crimen cometido en Iraq y en Yugoslavia, pero también en todos los lugares en que ya rige el orden nuclear, logre transmutarse en verdad plausible para muchos, ya crédulos del poder y de sus instrumentos.

La estrategia, técnicas, métodos y esfuerzos desplegados para fabricar la Mentira, en este caso de la industria atómica, no son muy distintos a los que se aplican en cualquier otra de las circunstancias en que estamos hundiéndonos. Sea el alimento envenenado, la humanitaria guerra, la no-gubernamental agonía y hambre de cientos de millones de seres humanos o la progresada devastación del planeta. Por ello, **La Campana** tiene la confianza de que este texto sirva a la resistencia general contra el Orden que produce tanta desgracia planetaria y sólo globaliza su sórdida presencia.

TRANSPARENCIA DEL MAL Y LA MENTIRA

Los ticks retórico-ideológicos (Derechos Humanos, Guerra Humanitaria, Estado de Derecho ...) con los que el aparato de propaganda del Orden Mundial lograba camuflar la propia deshonestidad y la de aquello a lo que sirve, están saltando por los aires. El uso de material radiactivo en Yugoslavia ha generado un tremendo bullicio en el que los beneficiados del indigno régimen tratan de salvar los muebles más queridos. Sin embargo, cogidos con las manos en el crimen, no aciertan a rescatar la trivial teología tras la que solían esconder sus servidumbres. Por ello, pocas veces como ahora fue tan aparatoso el esfuerzo de los políticos y sus amigos por disimular la barbarie, ni tan urgente salirles al paso.

Pertrechos con uranio radiactivo

Ya sabíamos que el régimen autoritario y capitalista que padecemos (en unos lugares en guerra formal, en otros, en mentida paz) es en realidad una desolación sempiterna que se camufla cada día. Sin embargo, algo hay de novedoso en esta barbarie de ahora, que nos inquieta sobremanera. A saber, que la violencia homicida de los gobernantes actuales castiga las tres edades: pasado, presente y futuro.

Por un lado, se pretende borrar de la memoria, colectiva y personal, acontecimientos recientes, como único modo de digerir su mentira actual (no es posible pregonar la inocuidad de los residuos atómicos de baja y media actividad, sin antes olvidar lo ocurrido tras la Guerra del Golfo o lo aprendido en la lucha antinuclear). Por otro, se castiga a las generaciones venideras, que han de sufrir las consecuencias de la contaminación radiactiva y el orden social atómico (una sociedad policial y militarizada en nombre de la seguridad). Entre ambas generaciones, la actual sobre la que se vierte directamente tanta desgracia como mentiras.

Por personalizar de algún modo, el asesino Solana, ex-jefe de la OTAN que dio la orden de utilizar estas armas sobre Yugoslavia, seguirá matando gente y pudriendo el aire cuando él mismo haya muerto y ni siquiera le recuerden los desdichados que por su culpa padecerán en los próximos decenios las consecuencias de un ambiente contaminado. Ahora mismo, para ocultar el alcance de su decisión, tiene que callar lo aprendido en la escuela y omitir los informes sobre el uso de armas radiactivas en Iraq en 1991 y lo que no ignora sobre el Síndrome del Golfo.

Notas escolares

Algunos núcleos atómicos son inestables y se desintegran espontáneamente para formar otro núcleo y emitir radiaciones (*radiactividad*). Son los núcleos *radiactivos*, como el Uranio-238 (natural) o el Plutonio (artificial). La desintegración de un elemento radiactivo es imparable hasta

que no se halla desintegrado la totalidad del material radiactivo, aunque no todos los núcleos se desintegran a la misma velocidad. Para expresar esa velocidad de desintegración se usa el concepto de **vida media**, definido como “el tiempo necesario para desintegrar la mitad de un material radiactivo”.

La vida media de diferentes núcleos radiactivos varía extraordinariamente. Por ejemplo, la vida media del Uranio-238 (U-238) es de 4.500 millones de años (¡En 4.500 millones de años, 100 g iniciales de U-238 se transformarán en 40 g de plomo, pero quedará aún un residuo de 50 g de U-238 radiactivo, que tardarán otros 4.500 millones de años en reducirse a la mitad!).

Como la radiactividad se caracteriza por la emisión de radiaciones, puede resultar muy “peligrosa para todos los seres vivos, incluidos los seres humanos”. [NOTA: Esta aclaración es muy importante, para valorar la criminal desvergüenza del púlpito televisivo y mediático, desde los que se impone férrea censura a cualquier alusión a la contaminación ambiental producida, ya que sus dramáticas consecuencias -¡incluso sobre la población humana!- son bastantes más sutiles que esa simpleza a la que la banda criminal alude como “relación causa-efecto”].

Uranio

El Uranio es el *combustible* común en las centrales nucleares y el material base de las bombas atómicas. Se trata del más pesado de los elementos químicos naturales. Se encuentra en la naturaleza en forma mineral, predominando el isótopo 238 del uranio (U-238, radiactivo, aunque inservible como combustible), pero con trazas de U-235 (el 0,71%, más radiactivo que el anterior y utilizable directamente en las centrales atómicas) y U-234 (0,006%).

Así pues, para que el Uranio natural pueda ser utilizado en una central nuclear (uso civil) o en la fabricación de bombas atómicas (uso militar), ha de ser previamente *enriquecido* el mineral incrementando en aproximadamente un 3% la proporción presente del isótopo 235. Este proceso de enriquecimiento comienza en las minas de Uranio (en España, por ejemplo en la Saelices el Chico, Salamanca, o la de Andújar, Jaén, actualmente cerrada) y termina en las *Plantas de enriquecimiento de uranio*.

El mineral de los yacimientos presenta habitualmente una pobre concentración de uranio por lo que hay que triturar y moler la roca y después someterla a una ducha de ácido sulfúrico. La disolución resultante contiene ya algunos cientos de mg de uranio por litro (con los tres isótopos en la proporción antes indicada). Por último, al pie de las minas, suele haber una fábrica de concentrado de uranio, en la que el metal se concentra hasta alcanzar una riqueza del 85%, en unas *tortas amarillas* de uranio comercial, destinadas a las Plantas de enriquecimiento.

¿Qué ocurre en las minas de uranio?

Ya en la explotación minera se generan algunos residuos radiactivos de muy baja actividad, pero de vida muy larga. Ello plantea un primer problema de almacenamiento, puesto que esos residuos emiten permanentemente un gas radiactivo, el radón, que inhalado puede dañar gravemente los pulmones. Actualmente, tales residuos se acopian en las proximidades de las propias minas, tapándolos con una capa gruesa de un material poco permeable, normalmente arcilla.

Sin embargo, la manipulación de este material (de una radiactividad mucho más baja que la del *uranio empobrecido*) provoca graves problemas de salud entre los mineros y las familias que viven en las proximidades de la mina, como han puesto de relieve las informaciones sobre el yacimiento salmantino de Saelices el Chico o la reciente denuncia de los obreros de la antigua Fábrica de Uranio de Andújar.

En la Fábrica de Uranio de Andújar, provincia de Jaén, cerrada en 1981 tras 20 años de actividad, de una plantilla de 140 personas sobreviven ahora mismo sólo 76 y de los fallecidos, al menos 22 murieron a temprana edad a causa del cáncer (editorial de **La Campana**, nº 147, del 13.11.2000) y otros de *extrañas* enfermedades.

Un estudio del Centro Nacional de Epidemiología, dirigido por el Dr. López Abente, publicado en el *Cancer Epidemiology, Biomarkers & Prevention*, recoge textualmente:

“[Se halló] un riesgo significativo de esta enfermedad (leucemia) entre los pueblos situados en un radio de 30 km. de las minas de Andújar, hoy clausuradas, y de la mina y planta de proceso de uranio en Ciudad Rodrigo (Salamanca) cuyo cierre está previsto para dentro de dos años”. También se afirma que “comparando con localidades alejadas entre 50 y 60 km. de estas instalaciones, el entorno vecinal inmediato de Andújar y Ciudad Rodrigo tuvo en el periodo estudiado un 30% y un 60% más de riesgo, respectivamente, de padecer una leucemia. Es decir, que en estas localidades había más defunciones por leucemia que en otras estudiadas como referencia”.

La siniestralidad pactada

Así pues, los dos primeros eslabones del ciclo nuclear (yacimientos y plantas de concentrado), pese a su muy baja actividad radiactiva

(que nada tiene que ver con la que toparemos en el fraudulentamente llamado *uranio empobrecido*) representan ya serios peligros (sólo en apariencia difusos) para la salud y el ambiente, que en principio sólo parecen afectar a los propios trabajadores y a las poblaciones (humanas, animales y vegetales) y

ambiente más próximo al yacimiento.

Es así que esta siniestralidad y afección a la salud pública y ambiental, es “asumida” por los trabajadores y sus familias, cargándola a cuenta del salario, de las penalidades propias del trabajo y, si es el caso, el reclamo de indemnización económica a viudas y familiares (como ahora mismo están haciendo los mineros de Andújar, pero no las gentes vecinas a la mina ajenas a la Fábrica). En cuanto a los vecinos ya la burocracia sanitaria (vía certificaciones de defunción, asignación de enfermedades y estrambóticas reglas sobre la causalidad biológica) les ha impuesto, *ordenado*, que han de incorporar la fatal estadística y muerte de algunos de sus hijos a la normalidad de un “vivir siempre inseguro, en las manos del destino”.

Segundo viaje del Uranio comercial

Las *tortas amarillas* procedentes de las Fábricas de concentrado se envían a las llamadas Plantas de enriquecimiento, con la finalidad principal de modificar la proporción antes indicada de los isótopos propia del Uranio natural. Se trata de enriquecer en U-235 (hasta alcanzar aproximadamente un 3,5% del total) la *torta amarilla*, ya que este isótopo radiactivo es fisiónable y, por tanto, puede utilizarse directamente en todo el ciclo nuclear industrial, tanto civil como militar (al menos el basado en la fisión o ruptura del núcleo atómico, desde las centrales nucleares para la producción de electricidad hasta las bombas atómicas, semejantes a las lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki).

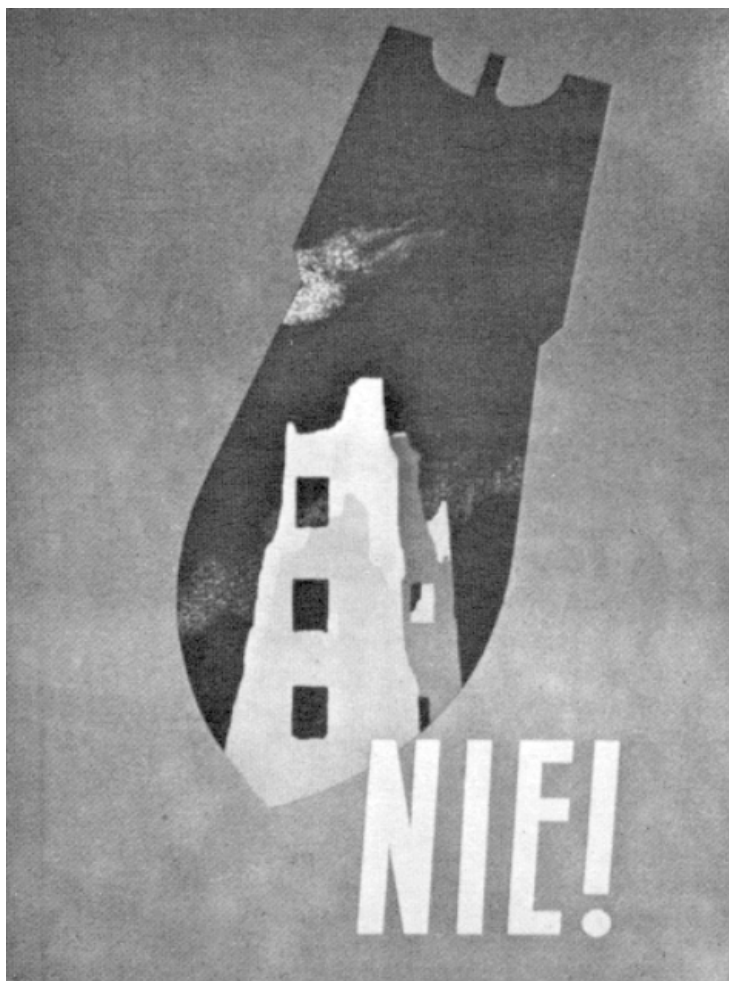
Pero este proceso de *enriquecimiento* en U-235 a expensas del U-238 (a los que se añaden otros elementos radiactivos formados en el proceso mismo, ya que ambos isótopos son fértiles, esto es, producen otros elementos radiactivos al desintegrarse espontáneamente) genera unos nuevos *residuos radiactivos de baja actividad* que habría que poner a buen recaudo, ya que además de su importante nivel de radiactividad y gran volumen (la obtención de una tonelada de Uranio enriquecido, genera del orden de 5 toneladas de residuos) tienen, como hemos dicho, una vida muy larga, de miles de millones de años.

Estos residuos representan la primera y más significativa fracción del llamado *Uranio empobrecido*, aunque hay que tener en cuenta, tal y como venimos comprobando en el relato de su formación, que el periodístico término “*empobrecido*” falsea interesadamente la naturaleza peligrosa de este “uranio”, ya que tal “*empobrecimiento*” sólo es tal respecto del artificialmente “enriquecido”, pero no del uranio natural.

Completando la basura

La elaboración definitiva del *uranio empobrecido* se cumple cuando a esta segunda fracción de residuos radiactivos (la primera está representada por el material que quedó almacenado en el entorno de la propia mina) se le añaden otras fracciones de basura atómica, procedentes de sucesivos estadios del ciclo nuclear civil o militar (fabricación de combustible, reactores nucleares de submarinos y centrales nucleares, e incluso de factorías de retratamiento, etc.). Que esto es indudablemente así, queda demostrado por el hallazgo en los análisis actuales del *uranio empobrecido* utilizado en las bombas arrojadas sobre Kosovo de algunas cantidades de Uranio-236 y de **plutonio**. Este último elemento transuránico radiactivo, extremadamente perjudicial para la salud en cualquier dosis por mínima que sea, ¡no existe en la naturaleza!





y, por tanto, sólo puede proceder de instalaciones industriales basadas en la fisión nuclear (reactores o bombas atómicas).

Dispersión de la basura: Cuestión de economía

Durante años este peligroso deshecho trató de confinarse en instalaciones más o menos seguras que impidiesen que las radiaciones ionizantes pudiesen llegar al medio ambiente, particularmente a la biosfera. Sin embargo, mantener esas instalaciones bajo control resultaba a los países cada día más caro. En primer lugar, porque el volumen de material a tratar y vigilar crecía fuertemente cada año y, en segundo lugar, porque cada vez surgían más fisuras en los planes de seguridad ideados.

Aunque pronto resultó evidente que la única posibilidad realista de garantizar cierta seguridad en los “almacenes de residuos atómicos” ya construidos y, al mismo tiempo, frenar el incremento del gasto, pasaba por paralizar la construcción de nuevas centrales, cerrar en el más breve plazo posible las ya construidas y cesar la producción de armamento atómico, los gobernantes no lo hicieron así.

Las multinacionales de armamento y energía, aupadas por la ideología militarista en boga y el fervor industrialista de las masas adiestradas en ello, decidieron continuar adelante con la actividad atómica y que la onerosa factura de la basura radiactiva no recayese directamente en sus cuentas (les saldría un balance negativo) sino que se distribuyese, vía presupuestos públicos, entre toda la nación. Así se hizo en EE.UU. hasta 1979, cuando ya se almacenaban en las escombreras más de

400.000 Tm de esta basura atómica, generada a lo largo de 50 años de actividad nuclear.

Sin debate

Como en la década de los 70, todavía la administración de EE.UU. no sentía la necesidad de divulgar la existencia de tan siniestra montaña y, mucho menos, usar eufemismos del tipo *Uranio empobrecido* como antesala de la peste que se disponían a socializar, arbitró en el silencio de los despachos económicos y representantes del lobby industrial-militar un *mecanismo* para deshacerse de la factura, aligerar los almacenes y de paso beneficiar a la industria de armamento: el uso militar del *Uranio empobrecido*.

Se sabía que el Uranio, no siendo su carácter radiactivo, presenta unas características que lo hacen muy atractivo para la tecnología militar convencional (no atómica). En primer lugar, es extremadamente denso y pesado (1,7 veces más que el plomo), de tal manera que los proyectiles con cabeza de uranio pueden perforar el acero blindado de vehículos militares y edificios; en segundo, es un material que se inflama al alcanzar su objetivo, generando tanto calor que provoca su explosión; y en tercer lugar, y esto es lo decisivo, es muy barato, *regalado* como ahora veremos, ya que nadie lo quiere y todos le temen.

El contubernio

El cálculo de los expertos fue de una simpleza aplastante: “El elevado coste de los almacenes de estos residuos radiactivos de baja y media intensidad es debido a la normas de seguridad que exige su confinamiento masivo. Dispersando el material y reduciendo, por reparto, la exposición personal a las radiaciones, la probabilidad de que una persona supere la dosis legal máxima de irradiación será reducida y aún menor la posibilidad de que acierte (él o los médicos que han de atenderlo) con el agente que le provocó la muerte. Bastará con una Política Informativa y de Imagen adecuada para desactivar la inevitable protesta de algunos grupos. Por tanto, repartir por el planeta el *uranio empobrecido* y camuflarlo en medio de las armas (¡cuyo objetivo es directamente matar y se dirige a una población previamente demonizada!) es la solución idónea al problema de la seguridad”.

Esta sarta de memeces criminales, articuladas como *argumentos técnico-económico-científicos-mediáticos*, es el tipo de retórica con la que están familiarizados los militares (calcular *bajas* y matar es lo suyo) y, por supuesto, los ejecutivos del capitalismo y el poder político. Así, que decidieron seguir tales consejos y en 1979, bajo la presidencia de Jimmy Carter, se autorizó el uso del *uranio empobrecido* a la industria militar.

Nada más arbitrar EE.UU. esa “solución”, pronto le imitaron otros países (Reino Unido, Francia y quizás otros que se ignora) que también disponen de minas de uranio y plantas de enriquecimiento y necesitan deshacerse de los engorrosos desechos. Sin embargo, en la mayoría de los países el uso militar de estos residuos fue muy limitado, en comparación con EE.UU., prefiriendo mantener esos residuos de baja y media actividad en instalaciones bajo cierto control técnico (en el caso de España, en el cementerio atómico de El Cabril, en Córdoba).

Por otra parte, EE.UU. hace pingües negocios proveyendo de armas a cuanto jefe de algún otro desafortunado país ha de subordinarse a sus intereses. Entre los pertrechos que

exporta a ciertos países se encuentran algunos que llevan incorporado el *uranio empobrecido*. Esta es la razón de que varios países teóricamente fuera del club nuclear (Israel, Corea, Indonesia, probablemente España y otros) disponen de equipos militares con estos materiales.

No son ignorantes en estas tétricas ciencias

Pero los *argumentos* que llevaron a ceder el material radiactivo, antes a recaudo, a los fabricantes de armas, son un ejemplo típico del error empecinado, inasequible a cualquier aviso. Se conocían los catastróficos efectos de los residuos de baja y media actividad sobre la vida, pero creyeron limitarse a hacer cálculos sobre cómo camuflarlos en medio de sociedades que, ya en sí mismas, son un valle de lágrimas. Pero si esa era su fe, se equivocaron; y si no lo era, mintieron.

Se les “olvidó” consignar que tales proyectiles serían usadas en lugares determinados, lo que concentraría de nuevo lo disperso y que, además, la permanente producción de residuos convertiría el *uranio empobrecido* en una pandemia, cada vez más virulenta. Descuidaron también en sus cómputos que cuando un proyectil impactase contra un objetivo el revestimiento de *uranio empobrecido* ardería y se oxidaría, volatilizándose en micropartículas altamente tóxicas y radiactivas; que estas partículas, al ser tan pequeñas, pueden ser ingeridas o inhaladas tras quedar depositadas en el suelo o al ser transportadas a kilómetros de distancia por el aire, la cadena alimenticia o las aguas. Se les “despistó” que una fuente radiactiva interfiere también en los procesos químicos ambientales multiplicando sus efectos sobre la salud y la vida.

En medio de tanto *olvido* y en la medida que “tamaño ignorancia” no es real, sino que también entra en el cálculo, se vieron obligados a *banalizar* la nocividad de esos residuos y arbitrar una estrategia (aquella Política de Información que ya anunciaban) que narcotizase a una población mundial, solo a medias ignorante de estar siendo arrojada a la basura pero extrañamente sometida a quienes la embrutece.

Hipocresías certificadas documentalmente

En los últimos 20 años se emitieron decenas de informes que alertaron de los riesgos sanitarios y ambientales de la exposición a este tipo de munición. Sólo por citar algunos:

- En los años 80, EE.UU. probó estas armas en la base militar de Vieques (una pequeña isla de Puerto Rico). Un estudio sanitario puso de manifiesto que la tasa de cáncer se disparó entre la población de Vieques unos años más tarde, hasta superar en un 26% la observada entre los portorriqueños de otras islas.

- En 1979, Leonard A. Dietz, investigador del *Knolls Atomic Power Laboratory* (Nueva York), descubrió elevados índices de radiactividad atmosférica procedente de la cercana *National Lead Industries Plant*. Allí se fabricaban percutores de *uranio empobrecido* para obuses y aviones. En 1980 la fábrica fue cerrada por orden estatal por “haber sobrepasado las dosis radiactivas reglamentarias en el medio ambiente”.

- En 1990 una comunicación de EE.UU. al Reino Unido previene sobre los efectos del *uranio empobrecido*. En esas mismas fechas, la empresa yanqui *Corporación Internacional de Ciencias Aplicadas*, indicó que “a corto plazo, altas dosis de uranio empobrecido pueden provocar la muerte; y a largo plazo, dosis más moderadas pueden generar cáncer”. Tal información

la ofreció al público la cadena BBC y un portavoz del Ministerio de Defensa británico confirmó a la emisora que los primeros avisos sobre la peligrosidad potencial del *uranio empobrecido* databan de 1979.

- En 1995, un informe técnico del Ejército USA señala que “si el *uranio empobrecido* penetra en el cuerpo tiene la potencialidad de provocar graves consecuencias médicas. El riesgo asociado es tanto químico como radiológico”. Depositados en los pulmones o los riñones, el uranio-238

y los productos de su degradación (torio 234, protactinio y otros isótopos de titanio) emiten radiaciones alfa y beta que provocan muerte celular y mutaciones genéticas causantes, al cabo de los años, de cáncer en los individuos expuestos y de anomalías genéticas en sus descendientes.

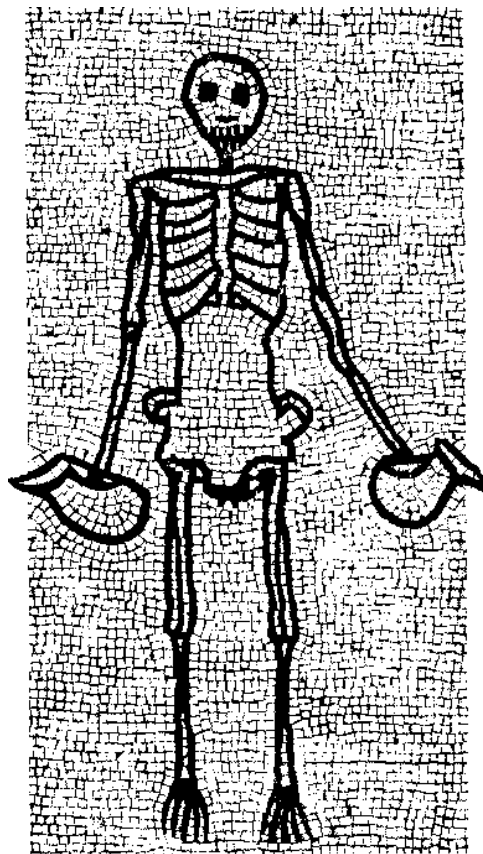
- En marzo de 1997 un Informe de las Fuerzas Armadas del Reino Unido advirtió que “la inhalación de polvo de *uranio empobrecido* eleva el riesgo de contraer cáncer de pulmón, cerebro y linfático”

- En julio de 1999 un informe de EE.UU. advirtió a sus aliados sobre el uso de este armamento durante los ataques sobre Yugoslavia y sus eventuales riesgos para las tropas de la OTAN. [Este es el Informe que dio pie al patibulario incidente en el Parlamento español, cuando el gobierno mintió a un diputado, negando conocer el empleo de este armamento en Yugoslavia, posiblemente por los propios aviones españoles que participaron en la salvajada].

La Trama y el contubernio

Creemos haber demostrado que con la incorporación de metales radiactivos a la cacharrería mortífera nadie pretendió impedir, controlar o reducir los efectos conocidos de la basura nuclear, pero sí ahorrarse el importante gasto de mantenimiento del escombros, en detrimento de la seguridad. El ofrecimiento de los fabricantes de armas hizo todo lo demás. Ellos se encargarían del contaminante, siempre y cuando se les eximiese de controlar cuidadosamente la peligrosidad del material que iban a usar.

El mecanismo que permitió a las empresas, clase política y medios de comunicación mantener bajo sordina este siniestro apañío durante 20 años es el que ahora está medio saltando por los aires. Un mecanismo hecho de “Altos Secretos”,



conjuras entre gobernantes, absoluto control de la comunidad científica, censuras y autocensuras informativas ... En fin, todo el Aparato y la violencia del sistema, para que el ciudadano, ignorándolo todo, mantenga su fe y hasta aplauda a los que le destrozan la vida.

Ellos hicieron sus cálculos

Varias circunstancias animaron a los políticos a confiar en la eficacia de su conjura contra los ciudadanos necios que les siguen, gracias al control -o complicidad- sobre los medios de información.

Jugaron con las dificultades propias del conocimiento científico para organizar una infame ceremonia de la confusión. Resulta extremadamente difícil desmontar una falsedad que el poder repite sin cesar desde todo el aparato de propaganda, por muy disparatada e inverosímil que sea. La carga de la prueba sobre el carácter falsario de lo dicho recae siempre sobre quien denuncia al poder, que además ha de hacerlo ante un público que pugna por no ver, no oír y no percatarse de su condición de timado. Con facilidad -como ahora mismo ha hecho Solana- se acusará al que no traga con ruedas de molino de “histérico”, “irresponsable, que da armas al enemigo”, “a-científico”, etc., hasta lograr su marginación y exclusión de la algarabía.

Cierto que los efectos de la exposición a materiales atómicos de baja actividad se exteriorizan en un plazo más o menos largo y sólo son dramáticos y de perceptible violencia tras exposiciones largas y próximas a la fuente radiactiva, pero ello no es razón (todo lo contrario) para ignorar su radiotoxicidad sobre los tejidos vivos. Con frecuencia los primeros en manifestar graves problemas de salud y malformaciones son los hijos nacidos de padres contaminados que aún no pueden reconocer la devastación ocurrida en el interior de su cuerpo.

Cierto también que [dada esa posible distancia entre el origen del mal y su manifestación] resulta difícil en determinadas situaciones establecer el agente causal -si es que es único- de un concreto efecto, pero ello no evita que todo factor reconocido como radiotóxico actúe del modo que le es propio.

Además, la combinación de un agente nocivo con otros igualmente perjudiciales puede multiplicar extraordinariamente los efectos de cada uno de esos factores, considerándolos por separado. Por esta razón apenas tiene sentido determinar la virulencia de la exposición a radiaciones

ionizantes, haciendo abstracción de su posible combinación con otros factores también presentes en el medio. Máxime tras un bombardeo y en poblaciones a las que se agredió de múltiples formas y sobre las que la muerte, la mutilación o la enfermedad llegan adelantadas de mil modos. El impacto de munición con uranio sobre cualquier otro material libera una nube de partículas microscópicas extremadamente peligrosa que además interacciona con las otras sustancias químicas y materiales presentes (ambientales o de las que son portadoras la munición y el blanco).

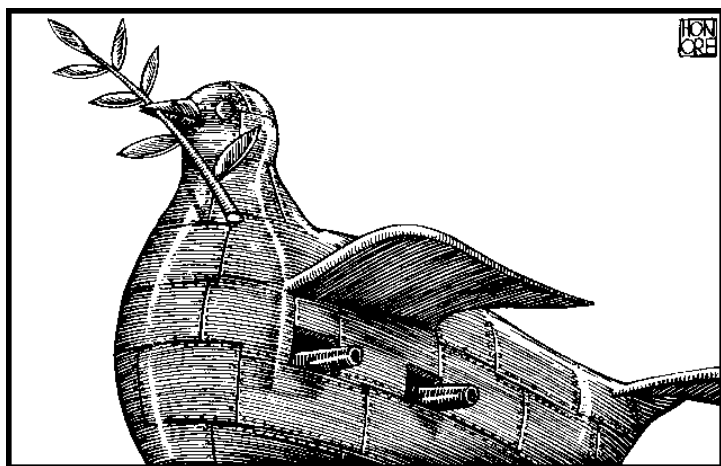
Los cortesanos

La aparente complejidad de estos asuntos dio ánimos a los cortesanos (el periodista diletante, el científico funcionario de tal o cual programa gubernamental, ..., en fin, cualquier vicario del poder) para pontificar y enmarañar con impudicia todo análisis, hasta nublar el entendimiento de los oyentes. Y así son las cosas:

Confiaron en que podrían camuflar fácilmente el crimen al ejecutarlo sobre poblaciones víctimas de la guerra, la pobreza o la exclusión (de las que no se habla, como las poblaciones civiles de Yugoslavia o Iraq). Las estadísticas de siniestralidad y certificados de hospitalización y defunción de estas poblaciones presentan por sí alteraciones específicas, suelen ser ambiguas y siempre heterogéneas (redactadas conforme a distintos criterios de los diversos servicios médicos) y son siempre de difícil, cuando no imposible acceso. En el fondo ¿A quién habría de importarle la naturaleza del arma que haya mutilado, envenenado o matado a una víctima de la guerra “justa” y “humanitaria”, si ni siquiera importa su muerte?

Este cálculo les habría salido redondo si, al mismo tiempo, no pregonasen la impunidad de sus soldados (estas guerras son masacres en las que la muerte sólo la reciben los *malos* y la dan los *buenos*) y postulasen la nueva función del ejército ocupante: la atención humanitaria a una población agradecida. Del mismo modo que en la Guerra del Golfo en 1991, también ahora se dispara la alarma ante el anómalo número de enfermos y fallecimientos de los militares aliados, ignorando de modo completamente vergonzoso las poblaciones iraquí y yugoslava.

Este inmoral silencio sobre las víctimas iraquíes y yugoslavas, sólo es posible mantenerlo desde una “hazaña” propagandística cuyo precedente fue el bombardeo de Guernica, de los nazis en la II Guerra Mundial y Dresde-Hiroshima-Nagasaki por los aliados. A saber, la licitud de la guerra contemporánea que implica no ya un combate entre ejércitos y soldados, sino la consideración de que todos los habitantes de un país -hombres, mujeres, ancianos o niños- y todos los otros seres vivos, son números que destinar a la gran matanza. Se mercenariza al carnicero, la degollina es general y el propagandista del régimen deja para mejor ocasión el discurso sobre “inocencia y culpabilidad”, “derecho a la vida”, “no hay razón política que justifique la pérdida de una vida” y otras lastimeras zarandajas que airean cuando son ellos y sus amigos los que se perciben vulnerables. Sólo desde esa horrible ideología -¡ya oficial y propia de nuestros más democráticos estados!- puede escenificarse este singular desprecio hacia 200.000 iraquíes que padecen los efectos del bombardeo de su país en 1991 y hacia el ignorado grupo de serbios, albaneses, gitanos que lo han sido recientemente.



El pasado. La doble guerra

En el año 1991, la *comunidad internacional*, forzada por EE UU, bombardeó durante semanas las ciudades y aldeas de Iraq. Fue una horrenda e impune masacre, con la que se inauguró la época de las guerras *limpias*. En realidad fue una doble guerra, librada al mismo tiempo en dos frentes distintos y contra dos multitudes diferentes.

En un frente (irreal, alejado de los medios de información, silenciado, en Iraq) las aldeas fueron arrasadas por los bombardeos, y decenas de miles de personas iraquíes perecieron bajo las explosiones o fueron enterradas vivas por los bulldozers. En el otro frente (real, televisado, público, en los hogares) las víctimas fuimos decenas de millones de personas, a las que se nos embruteció, arrebató cualquier sentido de humanidad y unció (como pasivos cómplices o abotargados espectadores) al crimen que se cometía en nuestro nombre.

La guerra limpia:

Los *televidentes* y *radioyentes occidentales* podíamos seguir a diario como evolucionaban los bombarderos sobre los cielos de Mesopotamia mientras dejaban caer sus racimos de bombas.

El otro frente:

Sin embargo, la población sobre la que se lanzaba aquél infierno de colorines había sido tachada de la pantalla de los televisores antes de ser despanzurrada sus habitantes por miles. Era una población inexistente, ¡Nadie! bajo la metralla. La única diana *personal* reconocida era el rostro deformado del *sinistro* dictador, al que iba dirigido -¡nada más que a El!- toda aquella destrucción.

Un fallo en el sistema

Para llevar a cabo con éxito el guión de esta doble guerra es preceptivo que todos los muertos los ponga un solo bando. Es

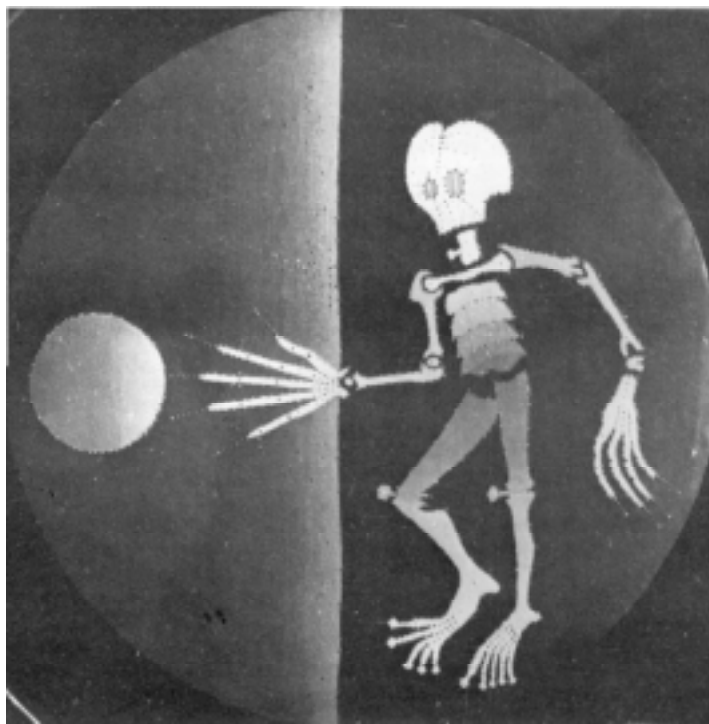
decir, que un bando sea indefenso (Iraq, Yugoslavia y los que sigan), mientras que el otro, el victorioso (la OTAN, la Comunidad Internacional) ha de disponer de unos medios que garanticen su impunidad, es decir, tecnología militar adecuada (aviones bombarderos que vuelan a mayor altura que el alcance de los cañones enemigos) y censura informativa (para el caso de justificar *accidentes* y daños *colaterales*, y tener que desaparecer todo rastro de la guerra verdadera que sucede en tierra).

En 1991 el bombardeo de Iraq pareció seguir el guión previsto, hasta que empezaron a surgir miles de víctimas entre los militares de los ejércitos aliados, sobre todo norteamericanos y británicos. Fue el Síndrome de la Guerra del Golfo, provocado por la interacción de decenas de productos tóxicos liberados por las armas químicas, los efectos de los incendios de los pozos petrolíferos y la radiactividad de la munición y equipos con *uranio empobrecido*. Este es el hecho cierto, que se nos quiere ocultar.

Con seguridad, lo mismo ocurre ahora en Yugoslavia. Mientras la OTAN lanzaba 10.000 proyectiles radiactivos en Bosnia y 30.000 en Kosovo y Serbia, todo parecía seguir el guión previsto, armándose el alboroto al conocerse la muerte de soldados europeos por cáncer o leucemia.

Es de temer que todo acabe en cuestión económica, ya insinuada por algunos grandes medios de comunicación (los cualificados portavoces del humanismo imperial), en el sentido de "indemnizar en justa medida a los soldados afectados, que presentan las afecciones oficialmente ligadas a las radiaciones ionizantes y químicas", excluir a las poblaciones a las que iban dirigida la muerte, pero también a sus hijos y, claro está, seguir la producción de armas radiactivas y dar salida a los subproductos corrosivos de la industria nuclear.

Ricardo Colmeiro



La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista

Segunda Época
Dosier número 31

22 de Enero de
2.001